PRIMERA PARTE

DE LOS SUCESOS DE DON MANUEL DE CONTRERAS, y Doña Tereſa de Ribera : Refiereſe como Don Manuel ſacò à Doña Tereſa de un Convento de Salamanca , y partiendo à Cordova , fuè muerto en Sierra Morena por un hermano de Doña Tereſa.

AL Divino Conſiſtorio
de la Trinidad Suprema
Padre , Hijo , Eſpiritu Santo
tres Perſonas , y una Eſſencia,
le pido humilde , y poſtrado
me dè gracia con que pueda
mover mi ruſtico ingenio,
y mi pluma buele dieſtra,
para que acierte à eſcribir
la fortuna mas adverſa,
el caſo mas laſtimoſo,
la mas infauſta tragedia,
que han eſcrito las hiſtorias,
ni los Anales celebran.
En las aſperas montañas
de Guadalupe , que buelan
por el Mundo ſus noticias,
cuya intrincada aſpereza,
quiere competir al Cielo
con ſus marañas guadexas.
En eſte aſpero deſierto,
entre ſus robles , y breñas,
un Paſtor que yà dexava
en ſu apriſco las ovejas,
y paſſava cuydadoſo
à una aldea de alli cerca,
y para llegar mas preſto,
và por eſcuſadas ſendas,
quando yà impenſadamente
le ſufocan , y amadrentan
unos ecos , que con ayes
dàn de algun preſagio ſeñas.
Quedoſe el Paſtor confuſo,
y llegandoſe mas cerca,
viò una hermoſiſsima Dama,
que dudava en ſu balleza,
ſi era Palas en el monte,
ó ſi es la Dìoſa Minerva.
Era en eſtremo tan linda,
que ſi el miſmo Cielo oſtenta
un Sol para adorno ſuyo,
acompañado de Eſtrellas,

ella

ella con ſus dos mexillas
dos Soles conſigo lleva.
Dos carbunclos ſon ſus ojos,
que luzen con luzes bellas.
Tiene la Luna en ſu frente,
ſu garzota una madexa
de oro que à muchos hombres
pudo ſervir de cadena.
Orillas de sì tenia
una charpa de eſcopetas,
y un hombre muerto en ſus brazos,
cuyas heridas perverſas,
con la purpura que vierten
manchan las flores, y yervas.
Eſtava la triſte Dama
en lagrimas tan deshecha,
q̃ aunque el llanto en la hermoſura
ſuele eſtragar ſu belleza,
tambien las lagrimas ſuelen
perficionar la mas bella.
Con laſtimoſos ſollozos
la hermoſa Dama ſe quexa,
mirando al yerto Conſorte,
y dice con dulces quexas:
Noble dueño de mi vida,
amada, y querida prenda,
imàn de mi corazon,
de mi alma, y mis potencias;
tu, has muerto por mi cauſa,
tambien es razon yo muera,
pues veo en ti amado dueño,
la luz de mis ojos muerta.
Veo quebrado el eſpejo
donde me mirava atenta:
veo yà el Sol eclipſado,
pues tu roſtro ſe ahuyenta:
miro el clavel deshojado,,
quando yo aguardava tierna
el deſcanſo de tus brazos,
oy lo miſmo manifieſtan
ſer un funeſto theatro,
donde la muerte te hoſpeda.
Ya ſe acabaron mis guſtos,
yà mis congoxas ſe aumentan,
yà llegò el fin de mis glorias,
yà mis deſdichas empiezan;
murieron mis eſperanzas,
y renacen mis triſtezas.
Dònde hallare yo conſuelo
à tanto tropel de penas?
Solo el morir es remedio
Aves, animales, fieras,
ſirva mi cuerpo de paſto
à vueſtra ambicion hambrienta:
dividid mi cuerpo en trozos
O muerte, como no llegas,
que à la que menos te teme,
la maltrates con tu auſencia?
Tierra como no te abres,
que allá en tus entrañas denſas
quiere verſe ſumergida
quien tanto el morir deſea.
Eſtas palabras decìa,
y entre ſus brazos le aprieta.
Miravale el roſtro elado,
è niclinando la cabeza
ſobre el yà muerto cadaver,
alli ſe quedò traſpueſta.
Llegò à eſte tiempo el Paſtor,
diziendo: Señora, ea,
buelve en tì, mira, y repara,
que ſoy hombre; conſidera
compaſsivo à tus desdichas,
que aqui à ſocorrerte llega.
Viendo que no le reſponde
la toma con diligencia
en ſus ombros, y à un Convento
de Monges, que eſtà alli cerca
la llevò, donde al Prelado
con requiſito la entrega;
y los Religioſos Padres
con mucha liberaleza,
con bevidas, y reparos
à muy pocas diligencias
bolviò en sì la hermoſa Dama,
toda en ſuſpiros rebuelta.

To-

Todos à un tiempo le piden,
que de la forma que pueda
les cuente ſu amarga hiſtoria,
que yà deſean ſaberla.
Formando un nuevo ſuſpiro,
les renpondiò muy diſcreta:
No puedo negarme Padres,
ſiendo juſta la obediencia,
à referir mi ſuceſſo,
ſi acaſo el dolor me dexa.
La muy Noble Salamanca,
eſſa es mi Patria, y mi tierra:
nacì de muy nobles Padres,
mi nombre proprio es Tereſa.
Apenas cumplì tres luſtros,
(aqui mi deſdicha empieza)
muriò mi Padre, y Madre,
Dios en el Cielo los tenga.
Quedè en poder de un hermano,
el qual de ſu punto intenta
el entrarme Religioſa,
y yo fuì deſto contenta.
En eſte tiempo ay de mi!
un Cavallero que pena!
galàn diſcreto y biſarro,
que es Don Manuel de Contreras,
éſte à mi hermano le diò
la vida en una pendencia,
y mi hermano agradecido,
y atento à tan gran fineza,
lo llevò à mi caſa quando
entrado por ella apenas,
èl mirome, y yo mirélo,
amor diſparò ſu flecha,
à un tiempo los dos quedamos
heridos de tal manera
en las cuyundas de amor,
èl preſo, y yo priſionera,
èl amante, y yo rendida,
èl reſuelto y yo reſuelta.
Creciò nueſtro amor de ſuerte,
que ſu ardor paſó à violencia
pues reconociò mi hermano
de nueſtro amor la fineza.
Quita à Don Manuel la entrada,
y à mi, enojado me encierra;
valìme de una criada,
la qual una noche ordena
darle entrada à Don Manuel,
y en mi miſmo quarto entra,
en ocaſion que mi hermano
el rezelo no le dexa
ſoſegar, ſe levantò,
y à mirar la caſa empieza;
mas no fue tal el ſilencio,
porque al abrir una puerta
lo ſentimos, y al momento
Don Manuel con ligereza
quiſo ocultarſe; mas fue
en vano ſu diligencia,
porque al ſalirſe à la calle,
la deſgracia que lo ordena.
le diſparó una piſtola,
pregòn fue de mi flaqueza.
Creciò en mi hermano la furia,
reconociendo ſu afrenta;
de lo que fue ſoſpechoſo,
ſacò clara la evidencia;
de los cabellos me arraſtra,
llevado de ſu ſobervia.
A la mañana ſiguente
tratò mi hermano, que pena!
el llevarme, qué peſar!
à un Convento, que triſteza!
violentada, que tormento!
para quien el alma dexa
en cautiverio amoroſo;
pero amor, que no me dexa,
con papeles correſpondo,
que nunca faltan terceras
para aqueſtas ocaſiones:
y hallandome yo reſuelta,
ordenamos que una noche,
por las tapias de una huerta
del Convento me ſacaſſe;
y logrando el verme fuera,

Don

Don Manuel, que apercebido
de muchas armas me eſpera,
y un cavallo, que á los vientos
imita ſu ligereza,
à las ancas me tomò,
y à Cordova la opulenta
caminavamos, à donde
tenia ſu parentela,
con el pretexto en llegando,
al Obiſpo darle quenta,
y lograr los eſponſales;
pero nueſtra ſuerte adverſa
no quiſo ſe nos lograſſe
una pretencion tan buena.
A eſte deſierto llegamos
en el rigor de la ſieſta;
nos apeamos, y yo,
fatigada à la moleſtia
del camino me quedè
vencida al ſueño; y apenas
quedè del ſueño vencida,
me ha entrado con vehemencia
entre anguſtias un enſueño
tan peſado de manera,
que en ſu inhumano concepto
fue ſu tirana influencia,
que à mi amante davan muerte
traidores con inclemencia.
Quiero dàr voces, no puedo;
quiero acudir no me dexa
aqueſte infame letargo,
y entre congoxas, y penas
el corazon à pedazos
queria ſalirſe fuera
del pecho, y la garganta
añudada que no dexa
los conductos del valor,
que interrumpieſſen à fuera;
canſada de batallar,
el vil enſueño me dexa.
Deſpertè toda turbada,
y luego que fuì deſpierta,
buſcava à un lado, y à otro
à el imàn de mis potencias?
mas viendo que no le hallo,
el alma quedò ſuſpenſa,
y el corazon traſpaſado.
la ſangre elada en las venas.
Oì dezir: Ay de mi!
muerto ſoy ſin reſiſtencia
à vueſtras traidoras manos,
à Dios, amada Tereſa,
que yà de mi triſte vida
llegò la hora poſtrera.
Acudì deſpavorida,
lleguè, mas que viva, muerta,
lo hallè rebuelto en ſu ſangre,
manchando la toſca arena;
y viendo tan gran deſgracia,
le dixe con grande pena:
quien fue el ingrato homicida
que con tirana inſolencia
te ha pueſto de aqueſta ſuerte?
Oye, mi deſdicha es eſta,
reſpondiò: tu te venciſte,
y yo à eſta fuente riſueña
viene por un poco de agua,
y eſtando ſentado en ella,
divertido en ſus criſtales,
me acometen con violencia
tu hermano, y quatro traidores,
y con tirana ſobervia
catorce heridas me han dado,
que yà por muerto me dexan.
Tu del rieſgo te libraſte,
pues no hizieron diligencia
de buſcarte, que unas voces
que oyen, à huir les empeñan.
No ſiento mi muerte, no;
ſolo ſiento el que te quedas
en aqueſta ſoledad,
acompañada de fieras.
Y pues me falta el aliento,
pues yà la muerte me eſpera,
te pido que me perdones,
porque perdonada ſeas:

que

que ſi yo merezco el verme
en la Divina preſencia
de Dios, pedirè por ti;
que por ſu ſanta clemencia
te ſaque de eſta afliccion,
y de todo libre ſeas;
y pues no puedo ampararte,
ſolo Dios te favorezca.
En eſto eſpirò en mis brazos
y yo quedè con tal pena,
deſcoyuntada al dolor,
que mi deſdicha me mueſtra.
Lo demàs, eſte Paſtor
podrà dezir lo que queda;
ſolo pido ſe me dè
permiſſo, que en una cueva,
de un toſco ſayal veſtida,
me entre à hacer penitencia;
para paſſar de mi vida
lo reſtante que me queda.
Se lo otorgaron, è hizo
las chriſtianas diligencias,
y en una lobrega gruta,
todo al ſentimiento hecha,
ſe entrò, donde ſantamente
en la virtud fue perfcta.
Por el difunto embiaron,
y con ſolemnes exequias
ſepultura le previenen.
Y aqui el humilde Poeta
ofrece ſegunda parte,
porque el auditorio ſepa
en lo que vino à parar
Doña Tereſa en la cueva.

SEGVNDA PARTE.

Ya dixo el primer Romance,
como ſe quedò metida
Doña Tereſa en la cueva,
del miſmo Dios aſsiſtida,
deſpojada de ſus galas
de un toſco ſayal veſtida.
Yà de Chriſto enamorada,
no quiſo mas compañia,
que un Divino Crucifixo,
calavera, y diſciplinas,
un libro, y una corona
de muy agudas eſpinas.
Siempre eſtava en oracion,
ayunava cada dia,
y à la hora de comer
ſalia al campo, y pacía,
como bruto irracional,
las yervas que en èl havia.
ſin compoſtura al cabello,
que de cuydarlo ſe olvida;
los ojos ſecos, ſumidos
de llorar, y las mexillas
con lo remate de ellos,
hechas canales tenia.
El roſtro deſcolorido,
las eſpaldas muy heridas,
y de eſtàr arrodillada
llagadas ambas rodillas.
Tanto era ſu fervor,
que ſu corazon ſe ardìa
en fuego de amor divino
llorando ſus culpas miſmas.
Yá del mundo no ſe acuerda,
ni de ſus vanas delicias,
pues ſus penſamientos todos
ſolamente en Dios tenia.
Tal era ſu penitencia,
tanto en la virtud camina,
que una Cathalina en Roma
ſolo pudo competìrla,
La Egypciaca, y Madalena,
que tanto la Igleſia admira,
cuya vida, y penitencias
eſtàn en bronces eſcritas,
yà Tereſa en el dolor,
y en el llanto las imita;

y

y ya el aſtuto demonio,
lleno de mortal embidia,
trabaja por derribarla
de aquella tan juſta vida,
y con diabolica traza,
para mejor perſuadirla,
tomò el trage, ſemejanza
(como dixe mas arriba)
de Don Manuel de Contreras,
que yaze entre las cenizas;
aquel galàn que Tereſa
idolatrava algun dia.
Al fin el dragon horrible,
para la cueva camina,
llevando en ſu ſeguimiento
ſus ſequazes, que le aſiſtan.
Llegò à la gruta, en efecto,
à donde habita Tereſa,
llamandola por ſu nombre,
dize eſtas palabras meſmas.
O deſgraciada Tereſa!
que grande fue tu deſdicha,
pues naufragas en miſerias
en lo mejor de tu vida!
Eſpejo en que las virtudes
unas con otras ſe miran,
tu ajada, y tan acabada?
Quando tu tan abatida?
Y yo de mi deſgraciado,
ſiempre adquiriendo noticias,
por no ſaber donde eſtavas,
haſta que la ſuerte mia,
dardo treguas al peſar,
quiſo traerme á la viſta
del dueño que mas adoro,
de la prenda mas querida,
que mora en mi corazon,
y en el alma ſe avecinda.
Quien eres tu le reſponde,
que con tan tiernas caricias
me tratas, ſin conocerme?
Pues que no me conocias?
Yo ſoy Don Manuel, mi bien,
quien tanto por ti ſuſpira,
quien blaſonando de amante,
buſca una joya perdida,
y con la gloria de hallarla,
me prometo las albricias;
que como el Sol de tu roſtro
es la luz que me ilumina,
no hallarla fuera mi muerte,
y hallandola tengo vida.
No es poſsible ſeas quien dizes.
Quien lo aſſegura? Yo miſma,
porque èl en mis brazos tuvo
las ultimas agonías:
en mis brazos eſpirò,
por ſu deſdicha, y la mia:
mira ſi aſſegurar puedo
lo que mi fee acredita.
Engañada eſtàs, Tereſa,
que aunque ſin habla me veìas
no fuì muerto, fue un deſmayo,
por la ſangre que vertìa.
Para que mejor te conſte,
aqui las ſeñales mira
de las heridas que tengo
curadas, ſanas, y fixas.
Còmo tan preſto ſanaſtes?
Bien la verdad averiguas.
Un Paſtor, que compaſsivo
acaſo buſcando iva
unas ovejas, hallòme
ſin el habla, como veías:
me tomò, y llevò à un Lugar,
que eſtava de alli dos millas:
bolví en mi, y bien curado
me vide en muy pocos dias.
Fuì à mi Patria, y à mis Padres
de todo les dí noticia.
Buelvo à buſcarte tan fino,
y aun mas que el primero dia;
y mis padres cuydadoſos,
con la caſa prevenida,
como à ſu dueño te eſperan,
y aſsi toda mi familia.
Aqui

Aqui traygo muchas galas,
las que quiſieres te aplica:
eſto ſolo te eſtà bien,
no dilates la partida.
Ay Don Manuel que yà es tarde!
Qual es la cauſa me digas?
El voto de Caſtidad
que à Dios hize con fee viva;
y yà el cumplirlo me es fuerza;
la conſequencia eſtà fixa.
Reſpondio el demonio entonces:
Eſcucha, Tereſa mia
no me diſtes voluntaria,
palabra, y mano, tu miſma
de caſamieno? Es verdad.
Luego ſi tu con la mia;
uniſte tu volundad,
con dulces lazos unida;
ſabete de que yà eſtamos,
ſegun las Leyes Divinas,
para con Dios deſpoſados;
y ſin que lo contradigan,
ay nulidad en el voto:
que una muger por sì miſma
ſin licencia de ſu eſpoſo,
tal coſa no determina.
Tu, por muerto me tuviſte,
pero teniendo yo vida,
queda el voto irregular,
bien la experiencia lo afirma.
Eſſa es queſtion temeraria,
que primero es (como es fixo)
lo Divino, que lo humano,
dicen las leyes antiguas,
cumplir à Dios la palabra,
porque en todo predomina,
y es primero eſte precepto;
y aſsi à cumplir no me obliga
la palabra que te dì,
porque me alienta y anìma
el faltar las bendiciones,
que es el todo, ſegun cifran
las leyes del Matrimonio;
y por eſta cauſa miſma
tengo yà hecho el dictamen
de paſſar aqui mi vida,
ſolo por ſervir à Dios.
Tereſa, yà tu deliras:
A Dios ſirve, à Dios agrada
la muger que con medida
à ſu marido le aſsiſte
en la miſerable vida:
ſi conmigo no te vienes
ſerà tu alma perdida:
mira que injurias al Cielo
y haſta al miſmo Dios irritas,
à los Angeles, y Santos
quantos en la Gloria habitan.
Ay de mi! Yà Don Manuel
me confieſſo convencida:
buelve deſpues, que yo en tanto
quiero un rato, recogida,
mirarme bien, que deſpues
te darè la razon fixa.
Con eſto ſe entró en la cueva
llorando lagrimas vivas;
y tomando un Crucifixo,
è hincandoſe de rodillas,
y con afectos del alma,
eſtas palabras dezìa:
A vos Celeſtial Paſtor,
buelve eſta oveja perdida,
buſcando vueſtro rebaño,
pues ſoys Autor de la vida.
Amoroſiſsimo Padre,
eſta pecadora hija,
à vueſtra clemencia apela;
y pues es tan infinita,
Señor, tu miſericordia,
ampara eſta deſvalida.
Pequè, Señor contra Vos
ciega, torpe, inadvertida:
Soys juſticiero y piadoſo,
no quieras ſea perdida
la Sangre, que por mi fue
en vueſtra Paſsion vertida.
Bol-

Buelve, Señor à la bayna
la espada de tu justicia
y halle solo en vuestro amparo
consuelo en tanta fatiga;
dadme luz paraque acierte,
y no camine perdida.
En esta oracion estava,
quando vido que venia
àzia ella un Cavallero,
que color blanco vestia,
el aspecto venerable,
diciendo con melodìa:
No tengas temor teresa,
que yo soy el alma misma
de Don Manuel, que por tì
goza de la gloria dicha.
Dios oyò tu peticion,
y assi el mismo Dios me embia
para que te desengañe.
Esse que te persuadia
en mi trage es el demonio,
que con infernal codicia
quiere llevarte consigo
à sus cavernas, ò simas:
vès al Convento, y en èl
haz las diligencias dignas
de Christiana, y luego al punto
à tu cueva te retira:
defiendete de los lazos
de essa tu enemiga hidra;
y con esso queda en paz:
Dios te ayude, Dios te assista.
Apenas se apartò el alma
deste mundo à la otra vida,
el demonio, que està hecho
un centinela de vista,
bolviò à entrar segunda vez,
diciendo: Teresa mia,
esse es el fiero demonio,
que con maña discursiva
en sus tinieblas, y asombros
quiere verte sumergida,
y ser mi espiritu finge,
y que el mismo Dios lo embia.
Dixole Taresa entonces:
Luego tu segun explicas,
dices, no eres el demonio ¿
Pues incate de rodillas,
y pide misericordia
à este Señor que nos mira.
Dixo el demonio, bramando:
Esso no, no lo permita
mi altiva sobervia, que
yo me avasalle, ni rinda.
Pues vete, infernal dragon,
à las brasas prevenidas,
que por tu sobervia tienes
en el infierno adquiridas.
Desapareciò el demonio
rabiando como una hidra,
dexando todo el desierto
estremecido en sus iras.
Quedò Teresa en assombro
de lo que le sucedìa,
y armada de su valor,
para el Convento camina:
Confessò generalmente,
y à la cueva se bolvia.
Diez dias no se passaron,
quando vàn à requirirla
quatro, ó cinco Religiosos,
y la hallaron de rodillas
difunta, todo aquel sitio
con fragancias transcendida.
Al Convento la llevaron
con la decencia devida;
sepultura le previenen,
gloria à Dios à voces digan.
Y Juan de Mendoza humilde,
es razon que à todos pida
perdon de las muchas faltas
que en estos Romances cifra

F I N.

Barcelona: Por Francisco Generas, à la Bajada de la Carcel.